

haber luchado, por la justeza de la expresión y la aproximación rítmica, ha caído en el espejismo inevitable del lector moderno, del hombre de biblioteca y del poeta sabio en el trovar que corta el verso, a la manera latina. El griego de Homero nunca hizo tal. Y se explica que cada expresión de alguno de los héroes comenzara y terminara con un verso, por el carácter recitativo de los poemas. Ya la Eneida es una excepción. Pertenece a una cultura distinta. Es una obra para ser leída. En ella cabe la ruptura del verso para anunciar que alguno va a hablar. En la poesía típicamente homérica tal forma no existía, no podía existir. Ciertamente Lugones traduce para gentes que leen y en ese sentido el corte que da al verso contribuye, seguramente, a su mayor fluidez. Pero si hubiera querido hacer una traducción verso a verso, hexámetro por hexámetro, y dar con ella la impresión exacta de lo que fué la dicción épica, recitativa, digna de una especie de *suite* teatral, como califica, por ejemplo, Berard, a la Odisea, hubiera tenido que traducir sin que jamás el verso se cortara para esos anuncios que a nosotros nos parecen monótonos pero que para el mundo antiguo no lo fueron.

Es muy interesante y trascendente que un poeta como Lugones haya estudiado tan severamente, tan concienzudamente a Homero, no para un simple regalo intelectual, sino para penetrar la esencia civilizadora que hay en el inmenso poeta de todos los tiempos y de todas las latitudes. En el tráfico de la cultura hispano americana, en que hay tan pocas contribuciones de estudios serios en esta clase de letras, siendo como son tan necesarios, por lo desinteresados y nobles, la obra del gran escritor argentino tiene un mérito extraordinario. La intensa preocupación actualista y la inquietud social que hoy viven una hora tan exigente, relieves aún más esta nobilísima labor. Homero debe ser siempre, en todo momento, cualquiera que sea la ideología de los que quieran ser cultos, un maestro esencial. La luminosidad, la humanidad, la vitalidad de su obra no son sólo sonoridad bélica o resplandor fantástico; son vida, ejemplo, fuente y muestra de un arte humano, universal. Repitamos con Lugones. Es necesario vincular a estos pueblos con la civilización estética, que fué la del paganismo, "porque los contrapesa la excesiva materialidad inherente a su afán de lucro; proponiéndoles como ideal el desinterés de la belleza y del heroísmo".

J. G.

**RUBEN M. CAMPOS. — EL FOLKLORE LITERARIO DE MEXICO. —** Talleres Gráficos de la Nación. — México. D. F., 1929. — (Publicaciones de la Secretaría de Instrucción Pública).

Continuando en su intensa labor difusora de cultura y de nacionalismo, la Secretaría de Instrucción Pública acaba de publicar un libro, realmente interesantísimo, sobre el *folklore* literario mexicano. Nunca será bien alabada esta labor que ojalá encuentre imitadores en toda América. El libro, profusamente ilustrado contiene, en ordenada investigación de la producción literaria popular, (1525-1595) una copiosa recolección de adivinanzas, anécdotas, canciones, coloquios, corridos, cuentos, epigramas, fábulas, glosas, juegos infantiles, leyendas, loas, mitos, narraciones, ocurrencias, pasquines, pastorales, preeces, proclamas, sátiras, sucedidos, tradiciones, versos callejeros, villancicos; y es en suma una muestra de lo que podría hacerse en otros países americanos, muy especialmente el nuestro donde la vena es riquísima al respecto.

Debemos el libro a la gentileza del Coronel Salinas Carranza que desde las columnas de "Variedades" contribuye no poco a hacer conocer su país entre nosotros y por lo mismo que creemos, con sinceridad y sin falsa modestia, que hemos realizado alguna labor folklorista y contribuido en algo a despertar aquí la simpatía y el amor por este género de investigaciones, nos complace comentar esta obra de Rubén Campos que es profundamente meritoria.

Bien sabido es que la preocupación por el folklore es relativamente nueva en todas partes. Muchos contribuyeron a canalizar esa clase de producción, a reunirla, a recogerla y aún a interpretarla; pero en verdad el movimiento folklorístico en el mundo entero es sólo cosa de ayer.

En el Perú ha habido, desde los más remotos, algunos cronistas e historiadores que, tal vez sin proponérselo, han contribuido a fijar en mucho el folklore antiguo, lo que es tanto más digno de ser atendido, cuanto que en esos días, ni se daba importancia documental a esa clase de elementos, ni siquiera se contaba con el vocablo preciso que hoy, tomado del inglés, ha adquirido ciudadanía universal.

En el fárrago de la literatura colonial, por ejemplo, hay siempre, aún en los más pesados de los cronistas, una vena siempre abierta de folklorismo. Cantares, refranes, anécdotas, chismografías lugareñas resaltan en Garcilazo, que es un venero prodigioso de nacionalismo literario. En el padre Arriaga, en Acosta, en Cobo, en Valera, en Calancha, etc., y, últimamente, en ese Cura Blanco que al escribir el Itinerario de Orbegoso dejó, tal vez sin adivinar toda la trascendencia de su labor, una gran contribución al folklore nacional.

Si siguiéramos nosotros con amor el proceso de nuestra literatura, veríamos que en ella hay como rica vena subterránea un gran filón del oro popular. Caviedes, Segura, Palma, Juan de Arona, hasta el atildado Pardo, en veces, dejan advertir el veteado genuino y puro del sabor de la tierra.

Posteriormente, justo es consignarlo, hay dos valores que hicieron mucho por el folklore: Abelardo Gamarra, el sabroso y picaresco Tunante y Adolfo Vienrich, que fué seguramente el primero que con plena conciencia y en forma organizada, coleccionó supersticiones, apólogos, cantares, refranes y leyendas regionales, especialmente en Tarma, lugar donde pasó la mayor parte de su vida, pues era nacido en Lima.

Posteriormente han sido, si, no pocos los que, entre nosotros, han dado debida importancia al folklore y entre los que más amor y entusiasmo alientan por estos aspectos de la genuina idiosincracia nacional creo contarme con algunas contribuciones. Muy meritoria ha sido la obra del doctor Tello en la Revista "Inca", que es lástima siga en receso, con las leyendas que comenzó a recoger. Alomía Robles en la música y en la literatura, Valcárcel, Sánchez, Romero, López Albújar, Castro Pozo, Urteaga, del Aguila, Mostajo, Ballón Landa, Valdizán, entre otros, también han contribuido muy valiosamente; pero hasta el presente no contamos con una recopilación organizada del folklore nuestro. Este libro del folklore mexicano ha tenido la virtud de desvelar en mí la vieja afición y desearía vivamente acicatear esa obra que sería tan útil, tan pintoresca, y tan nuestra y tan americana a la vez.

Rubén Campos ha hecho un amoroso cómputo al que preceden jugosos comentarios sobre el folklore literario de México, la tradición azteca y la Mitología folklórica, las leyendas, los adagios, la obra de los civilizadores, los espíritus y los fantasmas en la vida familiar, los cuentos infantiles populares, las fiestas y las danzas, la producción epigramática, la poesía en el caló indio y regional, las proclamas insurgentes, los juegos infantiles, el teatro infantil (Oh, recuerdo inolvidable de los títeres de Ño Valdivieso, que procure aprisionar en "Una Lima que se va..."), el lenguaje folklórico rural, los famosos co-

rridos populares que la resonancia universalizadora del fonógrafo nos ha hecho conocer, el cancionero, las peleas de gallos, las anécdotas y, como contera muy bella, una serie de artículos evocadores (del tipo de los que yo hice y quisiera poder continuar) del México de antaño.

Libro admirable en el que flota una atmósfera cordial de conterranismo genuino, es no sólo un documento valiosísimo desde los puntos de vista estético y sociológico sino un regalo para el espíritu. Se siente, a través de sus páginas, la voz sincera de la raza y de la tierra y, salvados matices diferenciales inevitables, nos sorprenden sus semejanzas casi familiares con costumbres y modalidades nuestras.

Es realmente notable el parecido de muchos de los aspectos folklóricos mexicanos con los nuestros. Entre ellos, como entre nosotros, el mestizaje ha tenido una virtualidad folklórica extraordinaria. La transformación de las influencias hispánicas a través del temperamento indígena, ha dejado una huella muy honda en la música, en el refrán, en el chiste, en el chisme, en el cuento, en ese minúsculo drama satírico que son la fábula y el apólogo, y como entre México y el Perú hubo muchos puntos de contacto, de todo orden, muy especialmente durante el período colonial; se ve que hasta el presente el parecido subsiste. Por lo mismo es lamentable que las relaciones actuales sean, hoy, menos frecuentes en verdad de lo que debieran y de lo que fueron antaño.

Obra notable, valiosa, rica en jugos y sustancias vernáculas, ésta de Rubén M. Campos que ha hecho tan bien en estimular y editar la Secretaría de Instrucción Pública de México.

J.G.

LA CULTURA SUPERIOR EN SUIZA.—Lima-Perú.—A. J. Rivas Berrio.—  
por el Dr. Alejandro C. Deustua.

Este informe en el que el autor traza con precisión y hondura filosófica el carácter del pueblo suizo, que representa la más alta demostración de la solidaridad humana y cuya formación es el moderno milagro de la voluntad, contine la visión más clara y justa de la civilización suiza y la forma como ésta se ha consolidado en los organismos de su cultura superior.

La patria de Pestalozzi, héroe de bondad y creador de la pedagogía social, ha podido unir a una alta cultura científica y a una clara concepción moral, la brillante educación artística que conduce la emoción del alma popular, discreta, armoniosa y pura, bajo la impresión de la calma augusta y de la poesía serena de sus montañas y sus lagos.

El poder del pensamiento suizo irradia desde su altura como una corriente viva de fé en el esfuerzo, de consagración al heroísmo de la paz y del trabajo. Ese pensamiento reposa en bases económicas labradas a fuerza de trabajo y de vías de comunicación, de industria y de conocimientos prácticos en la explotación de sus riquezas naturales.

La dirección educativa es secularizada y engrandecida sobre el principio de la libertad de enseñanza correlativa de la libertad de estudios, principio que, para los profesores, se resume en esta palabras: libertad de decir, y para los estudiantes, libertad de comprender. Así cada individuo puede por su desarrollo natural, encontrar en la sociedad el lugar que le asegure su valor personal y de este modo forma parte eficiente del estado, que no viene a ser más